

—¿Ha salido mi madre?

—No, señor conde.

—Bueno.

Atravesó el patio, entró en el vestíbulo y allí encontró á Felicia, á quien preguntó:

—¿Está ahí Fernanda?

—No, señor conde. La señorita acaba de salir.

—¿Sola?

—Sí, señor conde.

—¿Sabéis adónde ha ido?

—Perfectamente. La señorita debe pasar la tarde en casa de la señora de Reville.

—Bueno—pensó;—estaremos solos.

Subió en busca de su madre.

VII

Guillermo Montarón á Juan Aron, en casa de los señores Morard hermanos, horticultores, carretera de Saint-Cloud, en Bolonia.—Sobre el Sena.

«Mi querido Juan:

»El señor de Fleuse sale para Brisbane, donde pondrá esta en el correo.

»Va á cobrar el importe de treinta caballos que hemos vendido á una sociedad que acaba de comprar una parte de Anston-City.

»Es la única mercancía que tenemos para vender hasta que lo hagamos de las las lanas y del ganado, que será dentro de unos dos meses y medio.

»La recolección de lana, así como el ganado que podremos vender, prometen ser abundantes.

»Decididamente debemos estar muy agradecidos al reverendo señor Turner.

»Este señor nos ha escrito desde Londres.

»Nos profesa, creo, un gran afecto.

»Nos ofrece uno de sus ranchos de una importancia doble del que nos ha cedido.

»De Fleuse vacila en aceptar esta proposición; pero yo le he aconsejado que sí, y ha concluido por consentir.

»Las condiciones del señor Turner son de las más ventajosas.

»No nos pide dinero al contado y nos da cinco años para pagárselo.

»Digo nos da, porque de Fleuse exige que todos los negocios nos sean comunes. Hasta ha hecho arreglar nuestros derechos por mitad sobre todo en lo que ya poseemos, y cuando tú estés aquí, será por terceras partes.

»Es el corazón más generoso que he encontrado.

»He calculado que dentro de tres años no solo no deberemos ya nada al señor Turner, sino que tendremos ciento cincuenta ó doscientos mil francos y la propiedad de más de cinco mil cabezas de ganado, si no viene nada á perturbar nuestros asuntos y á contrariar nuestras esperanzas.

»El trato quedará cerrado dentro de tres días en Brisbane, adonde el señor Turner ha enviado un apoderado con sus instrucciones.

»Nuestros dos «ranchos» se encuentran á tres leguas de distancia el uno del otro en el fondo de dos valles paralelos; pero espero conseguir dentro de pocos meses el arriendo de todo el terreno intermedio, que es excelente para la cría de los corderos, y creo que me costará poco.

»Sólo que nos haces falta aquí para vigilar nuestros intereses.

»Yo no seré suficiente, y de Fleuse está bastante ocupado con llevar las cuentas y hacer viajes á Brisbane para sostener nuestras relaciones, cobrar lo que nos deben, pagar lo que debemos y tratar, en una palabra, de nuestros asuntos.

»El resto del tiempo, caza y pesca, y esta es una ocupación también útil, porque provisio-
na la caza.

»Esta primavera hemos aumentado las construcciones y las hemos dado un cierto aspecto que llama la atención á los viajeros, á quienes concedemos hospitalidad con tanto más placer cuanto que nos traen noticias, siempre bien acogidas en un desierto como el nuestro.

»El negrito, independientemente de sus cualidades de jinete y de vaquero, es un ebanista y carpintero de mérito.

»Todos nuestros empleados rivalizan en simpatía por nosotros.

»¿Es porque los tratamos como amigos?

»Estoy completamente convencido de esto.

»La mayor parte de las veces el amo hace al criado.

»He recibido con infinito placer las noticias que tú nos das.

»Nuestra primera suerte fué encontrar en Rochefort, en el momento en que yo estaba desesperado por abandonarte, á ese pobre de Fleuse, tan bueno y tan valiente.

»Otra buena fortuna para nosotros es el interés que se ha tomado la señorita de Corbiere.

»¡Con qué alegría he leído lo que nos cuentan!

»Pues bien, no me ha sorprendido.

»Me había parecido siempre de otra sangre que la de la condesa, quien, sin embargo, es su madre.

»Cuando pienso que sin su auxilio nuestra

madre hubiera sido expulsada de su casa, y era una pena que ella no hubiera podido soportar, me pregunto cómo podríamos pagarla tanto como la debemos.

»Tú no podrás creer hasta qué punto nos alegramos de saber que Teresa principia á consolarse de la pérdida de su hijo y que está contenta en casa de la duquesa.

»Marcelo está bien, puesto que envía dinero á casa.

»Pronto solventaremos también nosotros nuestra deuda metálica con la señorita de Corbiere.

»De Fleuse quiere que nuestras primeras ganancias sirvan para pagar esas deudas sagradas.

»Las otras las emplearemos en restaurar la Boca del Lobo, en agrandarla, si podemos, y en crearnos un retiro para la vejez.

»¡Ven, pues!

»¿Qué puede impedírtelo ahora?

»Teresa está hallada y en seguridad.

»Marcelo está bien colocado.

»Pedro y nuestra madre están tranquilos en el viejo nido, al que nosotros volveremos un día.

»París no podrá ser más que un peligro para tí en adelante.

»De Fleuse y yo te esperamos con impaciencia.

»Hasta muy pronto, mi querido Juan.

»Dí á Teresa que no pasa día ni hora en que no piense en ella, y que por su independencian y por la nuestra es por lo que trabajamos,

»No vuelvas á la Boca del Lobo por mucho que lo desees.

»Después de tu encuentro con ese infernal Barasson—¡que el diablo se lleve!—podrías encontrarte comprometido, preso tal vez, y piensa qué desgracia sería esto en el momento en que todo parece sonreirnos.

»Abraza á Teresa y encárgala que escriba por tí á nuestra madre y á Pedro todo lo que tengas que decirles antes de marchar.

»Yo no estaré tranquilo hasta que sepa que estas embarcado y á algunos cientos de leguas de Francia.

»Tu hermano,

»GUILLERMO.»

El vizconde de Fleuse había añadido lo siguiente:

«*Brisbane hotel de Halifax.*»

»Mi querido amigo.

»Voy á llevar al vapor la carta de vuestro hermano.

»Todo marcha bien.

»He firmado hace un momento la adquisición del rancho Victoria perteneciente al señor Turner.

»Os esperamos; ya os lo dice Guillermo.

»Venid.

»No será más que un destierro de algunos años.

»Una sola palabra os decidirá.

»Nosotros os necesitamos y los otros pueden pasarse ya sin vuestra ayuda.

»¿Además, no es para ellos para quien vais á trabajar?

»Os incluyo un cheque de tres mil francos.

»Quedaos con lo necesario para el viaje y el resto dadsele á vuestra madre y hermanos.

»A vuestra llegada encontraréis en Brisbane, en el hotel de Halifax, todo lo que necesitéis.

»Os abrazo.

»Vuestro hermano y amigo,

»DE FLEUSE.»

Juan Montarón á Guillermo Montarón y al vizconde de Fleuse, hotel de Halifax, en Brisbane. (Australia.)

»Mi muy queridos amigos,

»Yo seguiré de cerca á esta carta.

»Mi intención es embarcar en Inglaterra y llegar á Brisbane dentro de cinco ó seis semanas.

»Estoy detenido aquí por dos ó tres días por la llegada de nuestro amigo el cazador de topos, quien vive ahora como un propietario y está desconocido por su alegría desde que ha sabido por las noticias que yo he enviado á casa, el estado de Teresa y de nuestros negocios.

»Llegó ayer á París y se nos presntó á mi amigo Samsón y á mí, radiante y rejuvenecido con su traje gris claro que le da el aspecto de un fabricante de harinas en viaje.

»Hemos ido á comer los dos á un restaurant

modesto, y he sabido por él que las recolecciones de la granja son excelentes este año, lo que ya sabía yo por una carta de Pedro, y además que han recibido en casa una carta de Marcelo, en la que les enviaba un billete de mil francos, sin decir donde está ni lo que hace.

»Lo importante es que viva tranquilo, y según desea y se puede creer, que no está descontento de su colocación.

»De modo que podreis suponer lo contentos que estarán en la Boca del Lobo, nadan en una abundancia desconocida hasta ahora.

»El cazador de topos traía también una carta de Marcelo para Teresa, cuya carta venía dentro de la que envié á Pedro.

»Marcelo está encantado por las noticias que se le han dado de nuestra hermana, porque sino se sabe dónde está, se le puede escribir por mediación de una persona que él ha indicado.

»Parece que el pobre ha tenido que cambiar de nombre á consecuencia de mi condena, que le hubiera perjudicado, lo que se comprende facilmente.

»Yo también he recibido, por conducto del cazador de topos, una cartita de Marcelo, en la que me dice las cosas más afectuosas y me recomienda que tome precauciones para mi seguridad.

»Veo con frecuencia á Teresa.

»Ha confesado todo á la duquesa, en quien tiene una absoluta confianza y quien se muestra llena de bondades con ella.

»La señora de Reville sabe que, aunque me

suponen muerto, vivo en París, y ha concedido permiso á su señorita de compañía para salir de noche conmigo algunas veces.

»Esos paseos me son muy gratos y me veré privado de ellos cuando esté en esa, pero me consolaré de esta privación pensando en que habré dejado á Teresa en París tranquila y feliz.

»Hasta muy pronto.

»Olvidaba decir que el conde Gabriel de Corbiere se casa dentro de dos ó tres días con la mujer joven que habita en la avenida de los Príncipes en Bolonia, y que pasa por su querida.

»Parece que ella se ha divorciado con su marido, que era el individuo que ví una mañana cerca de la casa, en los primeros tiempos de mi llegada á París.

»He aquí todo lo que puedo decir hasta que llegue á Brisbane, que no tardaré.

»De los fondos que me habéis enviado emplearé mañana una pequeña parte en ofrecer una comida—¡oh, bien modesta!—á mi amigo Samson y al cazador de topos, y este será nuestro banquete de despedida.

»¡Por algunos años, al menos!

»Hasta muy pronto, queridos amigos. Voy á ayudarlos con mucha alegría, y decidido á trabajar mucho, con la esperanza de volver al país lo antes posible, si las circunstancias me lo permiten.

»Nada vale tanto como el aire de la vieja patria y la presencia de aquellos á quienes se quiere,

»Os abrazo á los dos cordialmente.

»JUAN.»

Marcelo Montarón á su hermana.

«Mi querida Teresa:

»No podrás formarte idea del consuelo que he recibido al saber que han pasado para tí los malos días.

»Te busqué mucho cuando volví á Francia, pero sin éxito, y abandoné París desesperado pensando en que serías desgraciada sin duda.

»No me engañaba.

»Así es que mi alegría fué grandísima al saber que no solo has parecido, sino que eres casi feliz y estás bien colocada.

»Sin embargo, querida mía, escucha bien. Aunque estés bien colocada puede suceder que no te guste esa especie de esclavitud.

»Si así es, dímelo, escribiéndome á la dirección que te indico.

»Vivo retraído, pero libre y honrosamente.

»Me veo obligado á estar alejado y aun á cambiar de nombre, porque la desgracia de nuestra familia y el ruido de un proceso seguido de una condena, hubieran dado por resultado privarme de medios de existencia, pero el azar me permite ganar lo que necesito para ayudar á nuestra madre y á ese pobre Pedro, que nos conserva el hogar paterno.

»Mi casita es bastante grande para los dos, y no sabes con qué gusto te vería en ella,

» Así es que, decídetes, y correré á París para traerte conmigo.

» Ya verás qué vida tan tranquila haremos en este retiro que la casualidad me ha proporcionado.

» Si necesitas dinero, dímelo también.

» Sin ser rico, puedo realizar algunas economías.

» No vaciles.

» Espero tu contestación, y, sea la que quiera, haré lo que tú digas.

» Adiós, querida hermana; no hables de mí; que lo que te digo quede entre nosotros; pero háblame con el corazón abierto, y si tienes penas confíalas á mi cariño.

» Yo trataré de curarlas y de consolarte.

» En cuanto á mí, quiero vivir ignorado hasta el día de la rehabilitación, que llegará; ten confianza.

» Adiós, te abraza mil veces con el cariño que todos te profesamos.

» Tu hermano

» MARCELO. »

Teresa Montarón á su hermano Marcelo.

« Querido Marcelo:

» Tu carta me ha causado una sorpresa y un placer extremos.

» ¡Sí; he sufrido mucho!

» Tú conoces mis primeros dolores.

» El último, pero no el menos cruel, está reciente.

» Veo aún la sonrisa de mi hijo, pero como

la de un ángel que me mirara desde el cielo.

» Trato de distraerme con el trabajo.

» ¿Te acuerdas que cuando estaba en Gien decían que tenía disposición para el dibujo?

» Pues he tenido la suerte de encontrar en París un profesor muy pobre, pero que es un talento, quien me ha admitido como discípula.

» Para darte una idea de mis progresos, te envío tu retrato, hecho de memoria en un pedazo de papel cualquiera y con un mal lápiz.

» Por esto verás, mi querido Marcelo, que he conservado tu cara en los ojos como en el corazón.

» Conozco tu cariño y te doy las gracias por tu ofrecimiento.

» Tal vez haga uso de él pronto.

» Pero déjame en la casa en que estoy, al menos algún tiempo.

» Mi esclavitud me es ligera.

» Ocuparé mis ocios en escribirte de cuando en cuando.

» No tengas miedo.

» Guardaré profundamente tu secreto.

» Sí, me encantaría vivir contigo en un rincón, con algunas flores y sombra para nuestra pobre existencia.

» Pero me parece que abandonar tan pronto á la duquesa, sería demostrar ingratitud con ella y los que tan generosamente me han salvado y protegido.

» Te abrazo tan tiernamente como te quiero, querido hermano.

» Piensa en mí de cuando en cuando.

» Escribeme á menudo y te contestaré,

»Me parecerá que estás cerca de mí y que hablamos con el corazón en la mano.

»Mil besos de tu hermana

»TERESA.»

M. I. Mertens á M. Marcellus, organista en la Hofkirche.—Lucerna (Suiza).

« Mi querido hijo:

»Con el mayor placer os anuncio mi viaje á Lucerna.

»Quiero ver mi país por última vez antes de morir.

»Al mismo tiempo que á vos, escribo á mi antiguo amigo Muller.

»Iré á parar á su casa, desde luego.

»No podré estar en Suiza más de quince días.

»Me necesitan aquí.

»Estaré ausente un mes, lo más.

»Soy rico, amigo mío, pero esta riqueza, laboriosamente adquirida, me cuesta cara.

»A veces os envidio.

»Por mis amigos sé vuestros triunfos.

»Por ello me enorgullezco y alegro.

»Llegaré hacia fines de agosto ó principios de septiembre.

»Por los periódicos de París habréis sabido la boda de Minnie.

»Se casa dentro de ocho días, con un duque, nieto de un mariscal del imperio.

»¡Quiera Dios que encuentre con él la dicha

de que es digna, porque es una buena muchacha y un buen corazón! Pero esa clase de uniones me hacen temblar siempre.

»Estoy seguro que esta noticia os satisfará tanto como á mí mismo.

»Hasta muy pronto.

»Vuestro viejo amigo y profesor,-

»MERTENS,»